

## ENTREVISTA (mínima)

# JUAN PABLO VILLALOBOS

por **Maria Fresquet**

—Usted lleva años dedicándose a la crítica, al ensayo y a las crónicas de viaje. ¿De dónde surgió la necesidad de hacer ficción? ¿Era un proyecto que quedaba pendiente?

—En realidad estuve escribiendo otras cosas circunstancialmente. Lo único que me interesa de verdad es escribir ficción. Para llegar a *Fiesta en la madriguera* tuve que abortar tres novelas, dos de las cuales, inacabadas, la superan en extensión. También escribí muchos relatos. Todo esto fue parte de un proceso de aprendizaje. El otro día saqué la cuenta: cerca de 600 páginas entre relatos y novelas inacabadas, que son el caldo de cultivo de la novela.

—En un contexto de violencia tan brutal ¿Por qué adoptar una voz narrativa infantil?

—Todo surge por una motivación estilística. Como lector, y en consecuencia como escritor, lo que me seduce de cualquier obra narrativa es su voz. Sin importar el tema o la trama, como lector, en un par de párrafos puedo saber si algo me interesa. Cuando comencé a escribir *Fiesta en la madriguera* ya tenía bastante clara su estructura, la trama, los personajes. El desafío era encontrar un narrador que me sedujera y que además me diera ritmo de escritura. Para mí el ritmo lo es todo en el proceso de escritura. Una vez que encontré la voz de Tochtli descubrí que además, al ser un niño, me liberaba de emitir juicios morales, algo fundamental en la apuesta de la novela. Y que también me permitía poner a funcionar cierta lógica del absurdo.

—Se acerca a la problemática del narcotráfico a través del absurdo... ¿Cómo definiría su novela? ¿Cree que podría incluirse en un tipo de literatura “fría”, que funciona a un nivel simbólico?

—Como narrador intento acercarme a cualquier tema, no sólo al narcotráfico, desde una perspectiva hiper-lógica, que acaba por convertirse en absurda. Intento poner a funcionar una cadena de razonamientos hasta llegar a un pensamiento “mínimo”, que puede ser simbólico. Muchas veces esta secuencia se tergiversa o se pervierte simplemente como recurso humorístico. Me gustaría

hacer una epistemología del equívoco, que no se preocupe por el resultado, sino por el procedimiento. Una epistemología donde se puede elegir un camino “equivocado”, aun sabiendo que lleva a una conclusión falsa o inútil, pero que se elige por su atractivo, por los sentidos que puede generar. Es lo que hace Tochtli, va definiendo, desenmascarando, desvelando misterios, va quitando capas de cultura a la realidad, pero siempre desde su visión del mundo, sin la pretensión de decir “grandes verdades”.

—¿Qué fue lo que le resultó más difícil de adoptar esta voz? ¿No se sintió a veces limitado o con miedo a crear un niño resabido?

—Narrar desde esta perspectiva genera muchísima inseguridad. Creo que el riesgo de fallar es alto y el resultado puede ser patético, como diría Tochtli. Al final hubo un par de razonamientos chapuceros que me liberaron. Primero asumir una noción elemental: que un narrador, sea un niño o lo que sea, por más aspiraciones de “verosimilitud” que tenga, siempre es y debe ser literario. Esto es literatura y no tiene nada que ver con la realidad. Hay que trascender la realidad. Se crea un universo narrativo con unas reglas determinadas y se debe ser coherente con él. El narrador tiene que ser convincente en este sentido, lo cual no tiene nada que ver con la veracidad o la verosimilitud. Si alguien opina que así no hablan los niños, yo respondería: ¿acaso importa? Alguien una vez me dijo que los campesinos no hablaban como en los libros de Rulfo. Es la opinión más idiota que he escuchado. El segundo razonamiento es más simple, tiene que ver con perder el miedo al ridículo.

—¿Se inspiró en algún personaje infantil en concreto?

—Evidentemente hay múltiples influencias, lecturas que me marcaron y que seguramente incidieron en el tono narrativo de Tochtli. Sin embargo, soy de los que creen que para escribir hay que olvidarse de todo y dejarse ir (lo cual al final puede significar apropiarse de todo). Ahora se me vienen a la cabeza el Julius de Bryce Echenique, el

***Fiesta en la madriguera* (Anagrama, 2010) es el debut literario del escritor mejicano Juan Pablo Villalobos. Una fábula sobre el poder y las sombras del narcotráfico narrada por un niño cuyos sueños infantiles están llenos de reyes decapitados e hipopótamos enanos de Liberia.**

Cartucho de Nellie Campobello, el Holden Caulfield de Salinger (a pesar de que ya no se trata de un niño). Este año he leído una novelita maravillosa, *El papel de mi familia en la revolución mundial*, de Bora Cosic, y he pensado que es una influencia *a posteriori*, he tenido una especie de anagnórisis, descubrí que exactamente eso era lo que quería hacer con *Fiesta en la madriguera*.

—*En medio de la relación paterno-filial que narra la novela, la crítica social y el malestar del niño ante las fisuras de la lógica adulta y lo absurdo de sus motivaciones, ¿cómo funciona el nivel simbólico de los hipopótamos enanos, los sombreros, los reyes de Francia?*

—El hipopótamo, en efecto, es un símbolo de lo absurdo, que en la novela se manifiesta a través del capricho. *Fiesta en la madriguera* aborda el ejercicio del poder en un contexto muy particular, que es el mundo del crimen en México, pero lo explora desde la perspectiva infantil. Creo que la primera exploración del poder que hacemos como niños es a través del capricho: “quiero esto porque sí”. En este sentido, el hipopótamo funciona como motor del relato. En cuanto a los sombreros, las coronas de los reyes, las alusiones al pelo, a las guillotinas, entre otras cosas, todas remiten a la cabeza y permiten ir haciendo a lo largo de la novela diferentes asociaciones absurdas.

—*¿Determinismo social o hay esperanza para el individuo?*

—Soy un existencialista a ultranza, no creo en esencias ni en determinismos. Hay que leer a Bachelard en *La intuición del instante*: el ser no es más que un hábito que puede romperse en cualquier momento. De hecho, más que un existencialista soy un instantaneísta. Y creo que eso también puede aplicarse a las sociedades.

—*Primera novela y debut en Anagrama. A usted no se le ve mucho por los aquelarres literarios ¿Es usted la prueba de que la obra es más importante que el autor?*

—No creo ser prueba de nada, aunque no está de más leer de vez en cuando *La literatura como bluff* de Julien Gracq.



Foto de Andréia Moroni.